

## ORACIÓN ANTE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Consol Muñoz

*“El lugar de la iglesia o del oratorio en que se guarda la Eucaristía en el sagrario sea, verdaderamente, destacado. Conviene que sea al mismo tiempo apto para la oración privada, de modo que los fieles no dejen de venerar al Señor en el Sacramento, aún con culto privado, y lo hagan con facilidad y provecho. (Instrucción Eucharisticum mysterium, n 53)*

En la Iglesia siempre se ha tenido en gran estima la veneración a la reserva del sacramento de la Eucaristía. Numerosos documentos hablan de ello. Sabemos que, principalmente, estas especies sacramentales están destinadas a llevarlas a los enfermos y como Viático, pero, como hemos visto en el documento citado, también los fieles debemos venerarlas y orar en su presencia, pues creemos, firmemente, que el mismo Señor está presente en su Sacramento.

Es de todos conocida la recomendación de la “visita al Santísimo Sacramento”, y es de agradecer el que los fieles recibamos de otros cristianos el ejemplo de unos momentos pasados en la presencia del Señor sacramentado.

La oración hecha ante el sagrario es signo de nuestra fe en la presencia real de Cristo y, por lo tanto, es un adherirnos a él, sabiendo que comprende nuestra pequeñez y pecado, y nos ama misericordiosamente, ya que ha sido él mismo quien ha querido quedarse bajo las especies sacramentales, por amor a nosotros. Estando convencidos de ello, ¡qué sentimiento de agradecimiento y confianza ha de anidar en nuestro corazón!

En los tiempos actuales, en algunos lugares, es posible que se haya perdido algo de ese sentimiento de veneración hacia Jesús sacramentado. Se ve, por ejemplo, cuando nos percatamos de que, al entrar en las iglesias para la Misa dominical, algunos omiten hacer el saludo al Señor en el sagrario, si éste es visible, cuando es lo primero que deberíamos hacer, y lo último, al retirarnos de la iglesia.

Nuestra voluntad de hacer bien las cosas es buena pero, a veces, con el paso del tiempo y la cantidad de quehaceres que nos invaden, puede ser que vayamos abandonando algunas buenas costumbres que no deberíamos dejar. Agradecemos que alguien nos lo recuerde y volvamos a retomar, de nuevo, esas buenas costumbres, tanto en lo referente a la visita como al saludo; todo es cuestión de proponérselo. Es el “*comencemos de nuevo, hermanos...*” de san Francisco, que san Buenaventura nos recuerda en su *leyenda mayor, c.XIV, n.1*.

Cuando el Señor dijo: “*Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y yo les daré alivio*” (Mt 11, 28), no lo dijo solamente para sus seguidores de entonces, sino que nos lo continúa diciendo también a nosotros. Por lo tanto,

al acercarnos a la presencia del Señor sacramentado con nuestros cansancios y agobios, debemos creer que él toma esos cansancios y agobios y los cambia en descanso y serenidad.

Pero no debemos acudir a su presencia solamente en momentos de dificultades sino, también, en momentos de paz y gozo, para compartirlos con él y darle gracias por ellos.

Pienso que en a medida que van pasando los años de nuestra vida, sentimos más la necesidad de serle agradecidos por todos los bienes y cosas buenas que de él vamos recibiendo. En la oración ante el sagrario vamos desgranando todos nuestros acontecimientos diarios, haciéndolo participe de ellos, aunque él ya los sabe. Unas veces le daremos gracias, otras, le pediremos algo, otras tendremos necesidad de explicarle nuestras preocupaciones o de interceder por familiares, amigos, acontecimientos indeseados... Y siempre lo tendremos a él escuchándonos con atención y amor. Y otras veces, sencillamente, nos sentiremos bien estando en su presencia y su compañía.

En medio de tanto ruido por doquier, agradecemos esas capillas, moradas del Santísimo Sacramento, donde el silencio ambiental y la presencia del Señor nos ayudan al recogimiento, tan necesario para establecer nuestro diálogo con él o, simplemente, como he mencionado, para gozar de su presencia y compañía.

Francisco de Asís quería que sus hermanos tuvieran una especial veneración a Jesús Sacramentado. En su carta dirigida a toda la orden (nn 12 y 13) dice a sus hermanos:

*“Así pues, besándoles los pies y con la caridad que puedo, les suplico a todos ustedes, hermanos, que tributen toda reverencia y todo honor, en fin, cuanto les sea posible, al Santísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, en quien todas las cosas que hay en cielos y tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente.”*

(Fuente: Actualidad litúrgica No. 260. La autora, Consol Muñoz es superiora general de las Franciscanas Misioneras de la Inmaculada Concepción y Licenciada en el Instituto Superior de Liturgia de Barcelona.)